

El Acompañamiento Espiritual como ministerio de la Iglesia

Eduardo Mercieca Bezzina, S.J.

Experiencia eclesial actual del acompañamiento espiritual

La experiencia actual del ministerio del Acompañamiento Espiritual (en adelante *AE*) en la iglesia refleja mucha búsqueda y una variedad de situaciones donde se practica el *AE* o mejor donde se empieza a darse. Se habla mucho hoy del *AE*. Se escribe bastante. «Spiritual Directors International» —una publicación ecuménica que empezó hace muy pocos años editada en Estados Unidos— era impensable hace treinta años. Lo mismo se puede decir de una de las conclusiones del Sínodo de la Iglesia de Santiago de Chile (1997), en el capítulo sobre la Espiritualidad y la vida cristiana donde dice, «La promoción de la espiritualidad supone igualmente *formar acompañantes espirituales*, es decir, personas que estén en condiciones de poder ayudar a otras a seguir un camino de crecimiento espiritual. Por esto, *reconócese oficialmente en nuestra arquidiócesis un servicio pastoral denominado "Acompañante de la vida espiritual"*, pues es una tarea muy importante en la actual etapa de nuestra iglesia. Para desempeñar este servicio, debe promoverse una formación adecuada tanto de los seminaristas como de los candidatos al diaconado permanente, de las religiosas y religiosos, de los monjes y monjas contemplativas y de

aquellos agentes pastorales laicos y laicas que posean condiciones para esta labor. Estúdiense la creación y póngase en funciones cuanto antes, por parte de los respectivos organismos de formación en la arquidiócesis, de cursos para la debida preparación de estos acompañantes espirituales» (n. 98).

La espiritualidad y el acompañamiento espiritual viven hoy un momento de entusiasmo. El AE, según todos los indicios, habrá de ganar en importancia en el futuro próximo. A todos los niveles pastorales, hasta en parroquias y en las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) —y no sólo como una prerrogativa de movimientos apostólicos que abarcan básicamente la clase media— se empieza a sentir en estos últimos años la necesidad apremiante del AE. Este acompañamiento espiritual se hace necesario a nivel personal, comunitario y ambiental. Lamentablemente muchos sacerdotes seculares (en los seminarios) y no pocos religiosos y religiosas no están bien preparados para ello.

Tres hechos de nuestro tiempo explican el fenómeno de la demanda para mayor AE y para formadores de guías espirituales en sectores de iglesia tan diversos:

a) Las presiones y características de la cultura emergente que piden mayor discernimiento y más personalización en los creyentes. Las rápidas transformaciones culturales, el pluralismo de valores que debilita el apoyo ambiental para vivir los dinamismos del Reino, la mayor conciencia de la autonomía personal en las opciones y la enorme diversidad de situaciones donde se inserta la vida cristiana, exigen una vida interior lúcida y profunda, la que a su vez necesita mayor objetivización y discernimiento. En este contexto el AE ocupará mayor espacio y significación.

b) La misma pastoral post-Vaticano II: participativa, catequética, litúrgica y bíblica que facilitó notable crecimiento en muchos creyentes y comunidades. Lo cual provocó nuevas expectativas de madurez espiritual y la necesidad de mayor integración personal. Cabe destacar en particular el redescubrimiento del AE -por sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos y laicas- a partir del movimiento renovado de los *Ejercicios Espirituales* y retiros espirituales de distinta índole y prácticas. Los EE y retiros espirituales personalizados jugaron aquí un papel central.

c) La renovación de la vida religiosa, especialmente de mujeres donde se está recuperando una tradición antigua de acompañamiento espiritual entre ellas, más allá del papel de la superiora.

El Dios acompañante de su pueblo en el Antiguo Testamento

Dios en el Antiguo Testamento es el acompañante de su pueblo. Ningún otro Dios fue como el Dios de Israel. De día la "nube" y de noche "el fuego" expresaban la presencia actuante y paternal de Yahvé. *El es el Dios que acompaña al pueblo peregrino* hasta en tiempos de infidelidad; en momentos cumbre de su historia gozando de su templo en Jerusalén y en el Exilio. Los salmos son testigos fieles de esta experiencia espiritual de este pueblo que se siente y tiene conciencia de esta vivencia del Espíritu de un Dios que guía y que acompaña.

«De día el sol no te hará daño ni la luna de noche» reza el salmo (Sal 121,6). «Cuando el pueblo de Israel era niño, yo lo amaba; ... con todo, yo guíé al pueblo de Efraín y le enseñé a caminar... con lazos de ternura, con cuerdas de amor los atraje hacia mí» (Os 11, 1-4). Jamás un Dios que eligió a su propio pueblo quiso acompañarlo así en su trayectoria y en su vida.

Jesucristo: Dios con nosotros en el camino

En Jesucristo, Dios nos acompaña desde dentro de nuestra misma vida. Es *Emanuel*, el Dios-con-nosotros, insertándose en nuestro mundo y en nuestra historia, acompañando en el dolor y hasta en la muerte; en la alegría y hasta en la resurrección. Se hizo en todo como nosotros excepto en el pecado. Más aún, desde el seno del Padre donde nos lleva a todos en su humanidad glorificada nos acompaña como el Cristo orante y actuante por su Espíritu. Este acompañamiento del Señor abarca a toda nuestra vida llegando a transformar nuestra misma identidad profunda. Quien hace posible el acompañamiento espiritual en su sentido más radical es el mismo Jesucristo. Es él quien nos hace descubrir al ser humano y a su vocación. Es él quien reconciliándose con el Padre a través de su vida redentora nos ha orientado a Dios. Es él quien nos ha vestido con el don del Espíritu; es él quien reorienta a toda la creación hacia el Padre, posibilitando una vida humana más plena, más fraternal. (Rm 8,20-25). Además, Jesucristo en quien está el Espíritu en toda su luz y unción y quien vive la orientación plena del Espíritu, *es quien a través de su vida y enseñanza nos guía, nos acompaña al Padre.*

Favorecer la configuración a Cristo

En este ministerio del AE se trata entonces de ir facilitando el despliegue cada vez más hondamente de la nueva criatura en Cristo; de ir facilitando la transformación en una persona espiritual (Rm 8,5). El cristiano va tomando la orientación, la direccionalidad del Espíritu. Porque, «cuando alguien se une al Señor, se hace espiritualmente uno con él» (1Co 6, 17). La persona unida a Cristo por el Espíritu crecerá y tendrá la misma orientación interior de Cristo. Al fin y al cabo el verdadero director espiritual del creyente es el mismo Espíritu Santo. Es él quien nos orienta hacia la imagen de Cristo (2Co 3, 18). Todas las formas de acompañamiento espiritual en la iglesia no son sino instrumentos en manos del Espíritu Santo para ir «reproduciendo la imagen del Hijo» (Rm 8,29), «hasta que Cristo se configure en vosotros» (Ga 4,19).

Hay que tener presente que cuanto más conciencia haya de la realidad viva del Espíritu del Señor actuando en el acompañante y en la persona acompañada, más la relación que se dé será dirección espiritual. Cuanto menos consciente resulte la vivencia de la presencia del Señor por parte de ambos interlocutores, menos se podrá llamar esa experiencia dirección espiritual propiamente tal.

El acompañamiento espiritual como ministerio eclesial

El Espíritu Santo no nos es dado en forma aislada a cada individuo en particular. El don recibido por la persona se da en el contexto del don dado a la Comunidad. «¿Qué pedís a la Iglesia?» pregunta el ministro de bautismo a los padres y padrinos. El don del Espíritu nos es dado en la Iglesia y por medio de ella. Es la misma Iglesia que siendo sacramento en el mundo de la unión de los hombres entre sí y de la unión del hombre con Dios es acompañante de la humanidad toda y de su historia. El Espíritu del Señor habita en la iglesia como en un templo, como también en el corazón de cada creyente (*Lumen Gentium*,7).

La persona acompañada se comunica con la persona acompañante, ambos miembros vivos de la iglesia. El acompañante es testigo fiel de lo que pasa en la vida de la persona dirigida y a la vez es garante de la vida cristiana en su totalidad a la luz de la fe y de la tradición de la iglesia. *La*

persona pidiendo AE no aísla su vida interior, su relación con Dios del Pueblo de Dios del cual forma parte; la confía a ese pueblo en la persona del acompañante. El acompañante espiritual brinda a la persona dirigida la oportunidad de discernir su vida y los espíritus con ayuda de la comunidad. Es una instancia objetivamente y comunitaria que asegura una mirada dentro de la totalidad desde la fe, una mirada universal "católica". Aún sin decir nada, con la pura presencia, el hecho de escuchar a la persona acompañada, le permite a ésta compartir su experiencia de Dios con la comunidad cristiana y no encerrarse en sí misma. Como guía presto mi voz, mi inteligencia, mi asimilación del misterio de Cristo —a la Iglesia. No actúo por cuenta propia, ni soy un francotirador. Como ministerio el AE es mediado y discernido en la Iglesia. La función de mediación en la persona del acompañante está siempre presente y así se percibe incluso por personas no muy cercanas a la Iglesia que vienen a pedir ayuda.

Por fin se puede añadir lo siguiente: cuanto más consciente es el acompañante espiritual de la vida de la comunidad cristiana y cuanto más conocedor de la realidad, tanto más podrá ayudar con fruto a la persona dirigida. Al fin y al cabo la autoridad moral del acompañante espiritual proviene del hecho que vive y comparte la vida de fe de la iglesia. La estructura del diálogo no jerárquico de dos personas que conversan en un ambiente fraternal de los bautizados en Cristo, *nunca deja de ser una experiencia eclesial.*

El ministerio del acompañamiento espiritual, carisma del Espíritu

Como en todo ministerio cristiano, el acompañamiento espiritual está enraizado en el llamado de Dios primero y luego en nuestra respuesta a este llamado. Y como todos los ministerios eclesiales el AE no es el resultado de una elección centrada en uno mismo, auto-referente, sino un carisma vivido en función de los demás y para una mejor realización de su misión en el mundo.

El AE es un carisma, don del Espíritu de Cristo dado de un modo especial a una persona particular, regalo por el bautismo por el bien del cuerpo. Es el don de la *diakrisis*, como experimentado por la tradición oriental. Hoy muchos cristianos —sacerdotes, religiosos/as, laicos/as— se sienten llamados a este ministerio para servir a sus hermanos. Ahora bien: junto con el llamado del Señor y la respuesta para servir, el bautizado recibe

también la confirmación de este don a través de medios humanos ordinarios en la misma Iglesia. Son los otros que suelen identificar este don pidiendo su servicio. Así, las personas que tienen este don del AE, suelen encontrar que otros los buscan para compartir con ellos sus vidas; las otras personas valoran sus consejos y apoyo en su intento por vivir más plenamente su fe cristiana.

No se trata, pues, de un "título" o de una designación a alguien porque sí. Se trata de reconocer un carisma y una vocación especial para ese ministerio. El reconocimiento de ese carisma por parte de la comunidad cristiana permite contrarrestar la visión «burocrática» de una asesoría según la cual bastaría ser designado para ejercer correctamente el servicio.

Cabe señalar que la dirección espiritual no es un ministerio jerárquico en la iglesia. El vocablo tradicional de "padre espiritual", "madre espiritual" (abba, amma), no se refiere al sacerdocio sino a alguien que representa para mí la paternidad-maternidad de Dios.

Acompañamiento espiritual cristiano y no cualquiera

El AE no es un tipo más de relación de ayuda entre tantas (asistente social, consejería educacional, terapia psicológica, etc.). Es obvio que existen actitudes básicas comunes a toda relación de ayuda que están también presente en el AE. Así por ejemplo la acogida, la no manipulación de la persona, el respeto profundo hacia el otro y su historia, etc. Sin embargo, el AE dice relación al Espíritu trabajando en nosotros —vida en el Espíritu— (en la persona acompañada y en el acompañante). Más aún: este es el Espíritu del Padre y del Hijo como vivido y revelado en Jesús. Un hermano, una hermana ayuda a otro hermano/a a ser más hijo/a en el Hijo.

El AE es un don que desde pentecostés el Espíritu regala a algunos en la comunidad cristiana. Ministerio que ha estado y estará siempre presente, bajo una forma u otra en la comunidad de creyentes. Es la ayuda dada y recibida para vivir más plenamente el bautismo. Es espiritual porque dice relación con el Espíritu, como fuente y presencia actuante. El AE cristiano esta enraizado en el Dios personal y Trino. No se refiere en su orientación a cualquier tipo de relación con cualquier tipo de trascendencia. Más concretamente: el AE facilita y anima nuestro crecimiento al estilo de la vida y misión de Jesús, muerto y resucitado. Es una ayuda que una persona ofrece a otra para que crezca en su fe y sea ella misma en la

realización de la voluntad de Dios. Al decir de San Ignacio al final de sus cartas, «para que la voluntad de Dios siempre sintamos y en todo enteramente cumplamos» (Carta a su hermano Martín, junio 1532, y otras varias).



No se reduce el AE tampoco a tratar de favorecer nuestra relación con Dios sin más, como si fuera posible aislar nuestra relación con el Señor del resto de nuestras vidas, relaciones y compromisos. El Dios cristiano lleva adelante hacia su consumación el Reinado del Padre que trajo y predicó Jesús (*pléroma* paulino). El AE como toda vida cristiana se enmarca dentro de la construcción del Reinado de Dios en el Cristo total. No apunta a ningún tipo de nirvana. No es un escapismo de la realidad o un intimismo que se contenta con sentirse bien en la oración formal. Todo acompañamiento espiritual cristiano —para personas de vocación activa y también para aquellas de vocación contemplativa— ayudará al creyente acompañado a sentirse responsable de la construcción del Reino. Un AE de alguna forma no integra esto resulta dudoso y lleva a engaños.

Conclusión: Comunión de los santos

Compartir con otro creyente nuestra experiencia espiritual honda en un proceso de AE, dado en un clima de sencillez y fraternidad y buscando caminos en el Señor más allá del individualismo y de la auto-suficiencia, *constituye una verdadera expresión de iglesia "comunión de los santos"*. Es una manifestación del Señor que por su Espíritu nos acompaña y como buen pastor nos guía. El AE es un verdadero ministerio y que hoy constituye uno de los signos de los tiempos pastorales, verdadera necesidad del adulto cristiano y de las comunidades.

En esta época no se puede ser cristiano cabal sin ser místico, decía Karl Rahner. Ser místico es vivir como «injertado en el misterio de Cristo» en medio de la vida y de la historia (Ef 3,5). Esto se aprende de la iglesia y en la iglesia en especial en la fuente de los sacramentos. El acompañamiento espiritual es una ayuda privilegiada para vivir esto de manera más fructuosa, integrada y comprometida.